

mento los límites del edificio, y no ví más que algun rayo de pálida luz, cortado aquí y allá por las columnas y los arcos. Despues, poco á poco, distinguí cinco naves divididas por cuatro órdenes de hermosos pilares góticos, las paredes lejanas y la larga série de capillas laterales, y me quedé atónito. Era la primera catedral que correspondía á la imágen que yo me habia formado de las catedrales españolas, variadas, pomposas, inmensamente ricas. La capilla mayor, coronada por una vasta cúpula en forma de tiara, contiene en sí sola las riquezas de una gran iglesia; el altar mayor es de alabastro, cubierto de rosetones, de volutas y arabescos; la bóveda adornada de estátuas; á derecha é izquierda, tumbas y urnas de principes; en un ángulo, el sitio que ocupaban los reyes aragoneses para recibir la consagración. El coro, que se eleva en medio de la nave principal, es una montaña de riquezas: su muro exterior, en el cual hay abiertas algunas pequeñas capillas, ofrece increíble variedad de estatuillas, columnillas, bajos relieves, frescos y piedras; en tal número, que habria que estar allí todo un día para poder decir que se habia visto alguna cosa. Los pilares de las dos últimas naves y los arcos que se encorvan sobre las capillas, están sobrecargados desde la base á la bóveda de estátuas (algunas enormes que parece soportan sobre sus espaldas el edificio), emblemas, esculturas y adornos de toda hechura y tamaño. En las capillas hay gran profusion de estátuas, de ricos altares, de sepulcros régios, de bustos, de cuadros, que sumergidos en aquella media oscuri-

dad no ofrecen á los ojos más que una confusion de matices, de resplandores y de formas vagas, entre las cuales se pierde la vista y la imaginacion se cansa. Despues de mucho correr aquí y allá con el cuaderno abierto y el lápiz en la mano, apuntando y dibujando, se me enredó la cabeza, rompí las hojas garabateadas, me dije á mí mismo que no iba á sacar nada en limpio, salí de la iglesia, y volví á dar vueltas por la ciudad, sin ver otra cosa en el espacio de media hora que largas naves oscuras y estatuas blanqueando en el fondo de capillas misteriosas.

Hay momentos en que el viajero más alegre y apasionado, recorriendo las calles de una ciudad desconocida, se ve asaltado de improviso por un sentimiento de hastío tan profundo, que si pudiese, mediante una palabra, volar á su casa, entre los suyos, rápido como un génio de *Las Mil y una noches*, preferiría esta palabra con extraño arranque de alegría. Apoderóse de mí un sentimiento tal en el instante en que enfilaba no sé qué callejuela lejana del centro de la ciudad, y tuve casi espanto; llamé apresuradamente á la memoria las imágenes de Madrid, de Sevilla, de Granada, para sacudirme, para reavivar la curiosidad y el deseo: aquellas imágenes me parecieron pálidas y sin vida. Torné con el pensamiento á mi casa, á los días que precedieron á mi partida, cuando estaba poseido de la fiebre y no veía la hora de desplegar el vuelo, y aquella idea no hizo más que acrecentar mi tristeza. El considerar que tenía que ver aún tantas ciudades nuevas, y pasar tantas

noches en las fondas, y andar tanto tiempo en medio de gen'e extraña, me desanimó; preguntéme cómo habia podido resolverme á partir; me pareció haberme de pronto alejado extraordinariamente de mi país, estar en medio de un desierto, solo, olvidado de todos... miré en derredor: la calle estaba solitaria... sentí frio en el corazon... acudieronme las lágrimas á los ojos:—Yo no puedo estar aquí!—dije entre mí mismo.—Yo me muero de melancolia! Quiero volverme á Italia!—No habia acabado de decir estas palabras, cuando faltó poco para que prorumpiese en una carejada de loco: todo recobró súbitamente vida y esplendor á mis ojos; pensé en las Castillas y en Andalucía con una especie de regocijo frenético, y sacudiendo la cabeza como en desprecio de aquel pasajero desconsuelo, encendí un cigarro y eché á andar más satisfecho que ántes.

Era el penúltimo dia de Carnaval; comenzaba la tarde: por las calles principales iban y venian más-caras, carruajes, cuadrillas de jóvenes, familias numerosas con niños, amas de cria y muchachas casaderas, de dos en dos; pero ningun desórden lamentable, ni cantos desaforados de borrachos, ni aglomeracion incómoda de gente. De cuando en cuando se recibia un ligero codazo; pero tan ligero, que más bien parecia seña de un amigo para decir:—Estoy aquí,—que golpe de un distraido; y con el codazo, ciertos sonidos de voces mucho más suaves que los gritos que lanzaban las antiguas zaragozanas desde las ventanas de las casas asalladas, y mucho más

ardientes que el aceite hirviendo que echaban sobre los invasores. ¡Ah! No eran aquellos los tiempos de que me habló hace pocos días en Turin un viejo sacerdote zaragozano, el cual aseguraba que no había recibido en siete años la confesion de un pecado mortal.

Por la noche encontré en la fonda un francés, loco rematado, que creo no haya tenido jamás igual bajo la capa del cielo. Era un hombre sobre los cuarenta años, con uno de aquellos rostros de pastel que dicen:—Aquí estoy, acariciadme;—comerciante, á lo que pude entender, acomodado, el cual acababa de llegar de Barcelona y debia partir al dia siguiente para San Sebastian. Lo encontré en el comedor, y estaba contando su vida y milagros á un corrillo de viajeros, los cuales se desternillaban de risa. Me metí entre ellos, y oí la historia tambien. Era este tal nacido en Burdeos, y vivia desde hacía cuatro años en Barcelona. Habia abandonado á Francia porque se le escapó la mujer, huésped descontento, *avec le plus vilain homme de la ville*, dejándole en los brazos cuatro chiquillos. Desde el dia de la fuga no habia vuelto á tener noticias de ella: decíanle unos que estaba en América, otros que en Asia, otros que en Africa; pero todo eran conjeturas sin fundamento: hacía cuatro años que la consideraba como muerta. Sucedió que el dia ménos pensado, en Barcelona, á tiempo que estaba cenando con un amigo suyo marsellés, dijole éste (pero era preciso ver con qué cómica dignidad exponia la cosa), le dijo:—Amigo mio, uno de estos dias pienso ir á San Sebastian.—

¿A qué?—A correrla.—¿Amorzuelos, eh?—Si... es decir: un amor, propiamente, no es; porque á mí en materia de amor, no me gusta hacer cola: es un caprichejo. ¡Linda mujercita, sin embargo! Antecayer, sin ir más léjos, recibí carta suya; no tenia ganas de ir; pero hay tanto *ven y te espero*, y amigo mio, y querido amigo, que me he dejado caer en la tentacion.—Y diciendo así, le alargó la carta con un gesto de vanagloria *tenoriesca*. El comerciante la coge, la abre, la recorre.—*Nom de Dieu! Ma femme!*—Y sin decir otra cosa, deja plantado al amigo, corre á su casa, toma la maleta, y escapa á la estacion. Cuando yo entré en la sala, habia enseñado ya la carta á todos los presentes, y extendido sobre la mesa, á fin de que los pudiesen ver, su fé de bautismo, el acta matrimonial y otros papeles que llevaba consigo para el caso de que su mujer no quisiera reconocerle.

—Y qué piensa V. hacerle?—le preguntaron todos á un tiempo.

—*Je ne lui ferai pas de mal; j'ai déjà pris mon parti; il n'y aura pas de sang; mais ce sera un châtiment plus terrible encore.*

—¿Cuál va á ser, pues?—preguntó el auditorio.

—*J'ai déjà pris mon parti*,—repitió el francés con la mayor seriedad. Y echando fuera del bolsillo un par de tijeras enormes, añadió solemnemente:—*Je vais lui couper les cheveux et les sourcils.*

Rompieron todos en una carcajada.

—*Messieurs!*—gritó el ofendido esposo;—*je le dis et je tiendrai ma parole; si j'ai le bonheur de vous re-*

trouver ici, je me ferai un devoir de vous présenter sa perruque.

Siguióse á esto una confusion de risas, voces y aplausos del diablo, sin que el francés desarrugase un momento siquiera su trágico entrecejo.

—¿Y si encuentra V. un español en la casa?— preguntó uno.

—*Je le ferai sauter par la fenêtre,*—respondió.

—Pero si fuesen varios españoles...

—*Tout le monde par la fenêtre.*

—Así dará V. un escándalo, acudirán los vecinos, los guardias, el pueblo...

—*Et moi...*—gritó el terrible hombre golpeándose el pecho con una mano;—*je ferai sauter par la fenêtre les voisins, les gendarmes, le peuple, et la ville entière, s'il le faut.*

Y siguió adelante con sus jactancias sobre este tono, gesticulando con la carta en una mano y las tijeras en la otra, en medio de las risotadas de los viajeros. «Vivir para ver,» dice el proverbio español; y debiera decir más bien viajar, porque parece que á ciertos entes originales sólo se les encuentra en las fondas y por los caminos de hierro. ¡Quién sabe cómo habrá terminado el negocio!

Al entrar en mi habitacion, pregunté al camarero qué cosa eran dos trastos que habia observado desde la primera noche, colgados en la pared, los cuales aparentaban tener no sé qué pretension de pasar por dos retratos.

—Caramba!—me respondió:—nada menos que los hermanos Argensola, aragoneses, naturales de Bar-

bastro, dos de los más afamados poetas de España.

Afamados, para quien no lo sepa, no quiere decir famélicos, sino famosos. Fuéronlo, con efecto, los hermanos Argensola; verdaderos gemelos literarios, que tuvieron la misma índole, estudiaron las mismas cosas, escribieron con el mismo estilo, puro, sóbrio, mórbido, é hicieron frente con todas sus fuerzas al torrente del mal gusto, que comenzaba á invadir en sus tiempos, á fines del siglo XVI, la literatura española. El uno murió en Nápoles, secretario de Estado del Virey; el otro en Tarragona, sacerdote: dejaron ambos una memoria honrada y querida, á la cual pusieron Cervantes y Lope de Vega el sello magnífico de sus elogios. Los sonetos de los Argensolas son contados entre los más preciosos de la literatura española, por agudeza de pensamiento y elevacion de forma: hay uno de Lupericio Leonardo que saben todos de memoria, y cuyo final citan á menudo los ministros para responder á las magnilocuentes filípicas de los oradores de oposicion: lo pongo aquí con la esperanza de que podrá servir á alguno de mis lectores para acallar á sus amigos, cuando le reconvengan por haberse enamorado, como el poeta, de una mujer que se dé colorete.

«Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmin de doña Elvira,
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero tambien que me confieses quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano á competir con ella aspira

belleza igual de rostro verdadero.

¿Mas qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
no es cielo, ni es azul; lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!»

A la mañana siguiente quise procurarme un placer semejante al que experimentaba Rousseau siguiendo el vuelo de las moscas: el placer de vagar por la ciudad, á la ventura, deteniéndome á mirar las cosas más insignificantes, como hacemos en nuestra propia casa cuando se espera á un amigo. Visité algunos edificios públicos, entre ellos el palacio de la Bolsa, que tiene un magnífico salon formado por veinticuatro columnas, cada una adornada de cuatro escudos con las armas de Zaragoza, sobrepuestos á los cuatro lados del capitel; visité la antigua iglesia de Santiago y el hermoso palacio del arzobispado; fuí á plantarme en medio de la vasta y alegre plaza de la Constitucion, que divide en dos el Coso, y recibe otras dos de las principales calles de la ciudad; y comenzando por allí mis movimientos, holgazaneé hasta medio dia con un gusto infinito. Ora me detenía á contemplar á un muchacho que jugaba al trompo, ora echaba una ojeada de curioso en un pequeño café de estudiantes, ora contenía el paso para oír las chanzonetas de dos criadas en una esquina, ó bien iba á pegar las narices al escaparate de un librero, ó bien entraba á desesperar á una estanquera pidiendo cigarros en aleman, ó bien entablaba conversacion con un vendedor de fósfo-

ros; aquí compraba un periódico, allí pedía fuego á un soldado; más allá preguntaba por mi camino á una muchacha; y en tanto murmuraba versos de Argensola, comentaba sonetos jocosos, tarareaba el himno de Riego, pensaba en Florencia, en el vino de Málaga, en los avisos de mi madre, en el rey Amadco, en mi bolsa, en mil cosas y en ninguna: no hubiera cambiado entónces mi suerte por la de un grande de España.

A la tarde fuí á ver la Torre Nueva, que es uno de los monumentos más curiosos de España. Tiene ochenta y cuatro metros de altura (cuatro más que la torre de Giotto), y está inclinada como dos metros y medio toda ella, lo mismo que la de Pisa. Fué construida en 1304; hay quien afirma que la construyeron así, y quien cree que se haya inclinado despues; las opiniones son diversas. Es de forma octagonal y está hecha toda de ladrillos; pero ofrece variedad admirable de adornos y dibujo, un aspecto distinto en cada piso, y una mezcla graciosa de gótico y morisco. Para entrar tuvo que ir á pedirle permiso á no sé qué empleado del municipio que habita cerca de allí; el cual despues de haber mirado atentamente la punta de mis piés y el corte de mis cabellos, entregó las llaves al conserje, y me dijo:

—Puede V. ir.

El conserje era un vejete vigoroso, que subió las interminables escaleras con mucha más agilidad que yo.

—Verá V.—me decia,—verá V. qué magnífico golpe de vista.

Le dije que tambien los italianos teníamos una torre inclinada como la de Zaragoza. Se volvió para mirarme, y respondió secamente:

—La nuestra es única en el mundo.

—Cómo! Le digo á V. que tambien nosotros tenemos una, y que la he visto con mis ojos, en Pisa; además, si no quiere V. creerlo, lea V. aquí; lo dice tambien la Guía.

Echó una ojeada y refunfuñó:

—Puede ser.

Puede ser! Viejo testarudo! De buena gana le hubiera metido el libro en la cabeza. Finalmente, llegamos á lo alto. Es un espectáculo magnífico. Toda Zaragoza se abraza con una ojeada: la gran calle del Coso, el paseo de Santa Engracia, los arrabales. Allí abajo, que parece poder tocarlas, las cúpulas pintadas de Nuestra Señora del Pilar; un poco más léjos, la atrevida torre de la Seo; más léjos aún, el Ebro famoso que gira en torno de la ciudad en curvas majestuosas, y el extenso valle, enamorado, como dice Cervantes, de la claridad de sus aguas y la gravedad de su curso; el Huerba, y los puentes, y las riberas que recuerdan tantos sangrientos choques y desesperados asaltos.

Leyóme el conserje en la cara los pensamientos que cruzaban por mi mente, y como siguiendo un discurso que yo hubiese comenzado, se puso á señalarme los puntos por donde entraron los franceses, y donde la gente de la ciudad opuso más gallarda resistencia.

—No fueron las bombas francesas, — me dijo, — lo

que nos hizo rendirnos; nosotros mismos quemábamos las casas y las hacíamos saltar por los aires; fué la epidemia: de los cuarenta mil hombres que defendían la ciudad, más de quince mil llenaban los hospitales en los últimos días; faltaba tiempo para recoger á los heridos y para enterrar á los muertos; las ruinas de las casas estaban cubiertas de cadáveres putrefactos que corrompían el aire; una tercera parte de los edificios estaba destruida; y sin embargo, ninguno hablaba de rendirse; y al que hubiese hablado de ello (se había alzado á propósito un cadalso en todas las plazas), se le hubiera dado muerte: queríamos perecer sobre las barricadas, en el fuego, bajo los lienzos de nuestros muros, ántes que doblar la cabeza. Pero cuando Palafox se encontró á punto de morir; cuando se supo que los franceses habían vencido en otras partes y que no quedaba ninguna esperanza, hubo que deponer las armas. Los defensores de Zaragoza se rindieron con los honores de la guerra; y el día que aquella multitud de soldados, de labradores, de frailes, de muchachos, descarnados, harapientos, cubiertos de heridas, manchados de sangre, desfilaron por delante del ejército francés, los vencedores se estremecieron llenos de respeto, y no tuvieron corazón para alegrarse de su victoria. El último de nuestros campesinos podía llevar la frente más alta que el primero de sus mariscales. Zaragoza,—y al decir estas palabras estaba magnífico,—ha escupido en la cara á Napoleon.

Yo pensé en aquel momento en la historia de Thiers, y el recuerdo de la narracion que hace de la

toma de Zaragoza me produjo un sentimiento de desden. Ni una palabra generosa para la sublime hecatombe de aquel pobre pueblo! Su valor no es para él más que fanatismo feroz, ó vana pasión guerrera de labriegos hastiados de la vida ociosa de los campos, y de monjes mal contentos con la soledad de la celda; su heroica obstinacion es testarudez; su amor por la pátria, orgullo necio. ¡No morirían *pour cet idéal de grandeur* que animaba el valor de los soldados imperiales! Como si la libertad, la justicia, el honor de un pueblo, no fueran cosa de mayor grandeza que la ambicion de un emperador que lo hace asaltar por medio de la traicion y lo quiere gobernar por medio de la violencia... Estaba para caer el sol; las torres y los campanarios de Zaragoza se iluminaban con sus últimos rayos; el cielo era clarísimo; eché otra ojeada alrededor, queriendo grabar en mi memoria el aspecto de la ciudad y de la campiña, y ántes de volverme para bajar, dije al conserje, que me miraba con aire de benévola curiosidad:

—Contad á los extranjeros que de hoy en adelante vengán á visitar la torre, que un día un jóven italiano, saludando por última vez desde estos balcones la capital de Aragon, pocas horas ántes de partir para Castilla, se ha descubierto la cabeza con el sentimiento del más profundo respeto; y que no pudiendo besar en la frente, uno por uno, á todos los sucesores de los héroes de 1809, ha dado un beso al conserje.

Y se lo di, y me lo devolvió, y me marché con-

tento, y él tambien, y ríase del caso quien quisiere.

Con esto me pareció que podia dar por vista á Zaragoza, y volví á la fonda recapitulando mis impresiones. Quedábame, sin embargo, gran deseo de entablar conversacion con algun buen zaragozano, y despues de comer me fui al café, donde al momento encontré un maestro de obras y un tendero, los cuales entre sorbo y sorbo de chocolate me expusieron el estado político de España y los medios más eficaces

«Di portar la baracca a salvámento.»

Pensaban de muy diversa manera. El uno, el tendero, que era un hombrezuelo con la nariz reman-gada y una gran berruga entre ojo y ojo, queria la república federal, sin transacciones, aquella misma noche, antes de ir á acostarse; y ponía por condicion *sine qua non* para la prosperidad del nuevo gobierno, que se fusilase á Serrano, Sagasta y Zorri-lla, á fin de convencerlos de una vez para siempre de *que no se chancea* con el pueblo español.

—Y á su rey de ustedes—concluía, volviéndose hácia mí,—al rey que nos han mandado, perdone usted, mi querido italiano, la franqueza con que le hablo, á su rey de ustedes un billete de primera clase para que se vuelva á su hermosa Italia, donde corre mejor aire para los reyes. Somos españoles, perdone Vd., mi querido italiano,—y me ponia una mano en la rodilla,—somos españoles, y no queremos extranjeros, ni cocidos, ni crudos.

—Me parece haber comprendido su opinion. Y usted,—pregunté al maestro de obras—cómo cree que se podrá salvar á España?

—No hay más que un medio—respondió con acento solemne:—república federal; en eso estoy de acuerdo con mi amigo; pero con D. Amadeo de presidente.—(El amigo se encogió de hombros.) Lo repito: con D. Amadeo de presidente. Es el único hombre que puede llevar derecha la república; no es solamente opinion mia, es la opinion de muchas personas. Que D. Amadeo convenza á su padre de que con la monarquía no se resuelve nada; que llame al gobierno á Castelar, Figueras y Pi y Margall; que proclame la república, se haga elegir presidente y grite á España: «Señores, ahora mando yo, y al que levante la cabeza, palo.» Entónces será cuando tendremos verdadera libertad.

El tendero, que no creía que la verdadera libertad consistiese en que lo hartaran á uno de palos, protestó; rebatióle el otro, y el batiborrillo duró un rato. Se vino después á hablar de la reina, y el maestro declaró que, áun cuando él fuese republicano, sentía por doña Victoria un profundo respeto y una calorosa admiracion.

—Tiene mucho de aquí,—dijo tocándose la frente con el dedo.—Es verdad que sabe el griego?

—Y cómo si lo sabe!—respondi.

—Has oido, eh?—le preguntó al otro.

—Sí,—contestó el tendero refunfuñando;—pero no se gobierna á España con el griego.

Sin embargo, él tambien reconocia que, reina

por reina, debía descarse el tener una docta é ilustrada, digna de sentarse en el trono de Isabel la Católica, la cual es sabido que conocia el latin como un profesor consumado, ántes que una de esas reinas casquivanas que no ponen la cabeza más que en las fiestas y en los favoritos. En una palabra: no quería ver en España á la casa de Saboya; pero si algo podia inclinarle un poco á favor suyo, era el griego de la reina. Qué republicano tan galante!

Hay con todo en esta gente una generosidad de corazon y una entereza de ánimo que justifican su honrosa fama. El aragonés es respetado en España. El pueblo de Madrid, que tanto maneja la tijera contra los españoles de todas las provincias; que da al catalan el epíteto de grosero, al andaluz de vanidoso, al valenciano de feroz, al gallego de miserable, al vasco de ignorante, trata con mayor miramiento á los altivos hijos de Aragon, los cuales escribieron con su propia sangre, en el siglo XIX, la página más gloriosa de la historia de España. El nombre de Zaragoza suena en el pueblo como un grito de libertad, y en el ejército como un grito de guerra. Mas como no hay rosa sin espinas, esta noble provincia es tambien un semillero de demagogos inquietos, guerrilleros, tribuneros, gente de cabeza exaltada y mano atrevida, que dan gran quehacer á todos los gobiernos. El Poder tiene que acariciar á Aragon como á un hijo sombrío y fogoso que, á poco que se pique, es capaz de tirar la casa por la ventana.

La entrada del Rey Amadeo en Zaragoza y su

breve estancia allí, por el año de 1871, dieron ocasión á diversos hechos que merecen ser narrados, no sólo porque se refieren al Príncipe, sino porque son una manifestacion elocuente del carácter popular. Antes de todo, hablaré del discurso del alcalde, del cual se han hecho tantos comentarios en España y fuera de ella, discurso que se conservará quizá entre las tradiciones de Zaragoza como un ejemplo clásico de audacia republicana. Llegó el Rey por la tarde á la estacion del camino de hierro, donde habian ido á esperarle, acompañados de inmensa multitud, los representantes de muchos ayuntamientos, asociaciones y cuerpos militares y civiles de varias ciudades de Aragon. Despues de los gritos y aplausos acostumbrados se restableció el silencio, y presentándose al Rey el alcalde de Zaragoza, leyó con voz enfática el siguiente discurso:

«SEÑOR:

»No la modesta personalidad mia, no el individuo de convicciones profundamente republicanas; es el alcalde de Zaragoza, investido por el sacrosantísimo sufragio universal, quien por un deber ineludible se presenta y se pone á vuestras órdenes.

»Vais á penetrar en el recinto de la ciudad que sobrada ya de timbres gloriosos, tiene el título de siempre heroica; que cuando ha peligrado la integridad nacional ha sido una nueva Numancia; que humilló las huestes napoleónicas en su mismo triunfo. Pisaréis un suelo matizado con las osamentas de los valientes muertos en defensa de la patria. Zaragoza ha sido y es el centinela más

»avanzado de las libertades; cuando ha sido libre en
»sus manifestaciones, nunca gobierno alguno le pa-
»reció bastante liberal: inquebrantable en su fé; re-
»signada, pero incommovible en su infortunio, ja-
»más en pecho de ninguno de sus hijos se anidó la
»faláz alevosía.

»Entrad en el recinto de Zaragoza: si valor no
»tuviérais, tampoco lo necesitarais; que los hijos de
»la siempre heróica son valientes frente á frente y
»cobardes para toda traicion. No hay escudo ni
»existe ejército más poderoso en estos momentos
»para defender vuestra persona que la lealtad de
»los descendientes de Palafox, pues que hasta sus
»enemigos asilo sagrado gozan cuando techumbre
»zaragozana les cobija.

»Quien por primera vez visita á Zaragoza, halla
»un templo grandioso de glorias que admirar y un
»libro precioso para aprender. Pensad que es muy
»española, tanto como la ciudad que más; que ama
»con pasion las libertades en sus más dilatadas pero
»nacionales manifestaciones; que en la testera del
»salon de su Municipio se ostenta el lábaro santo de
»los derechos individuales, cuya pureza anhela con
»fervor.

»Pensad y medítad que si seguís inflexiblemente
»en el camino de la justicia, si haccis mantener á
»todos las reglas de la más estricta moralidad, si
»protegeís al productor que hasta aquí tanto da y
»tan poco recibe, si sostencis la verdad del sufragio,
»si un dia á vos os debe Zaragoza y la España toda
»la satisfaccion de las incesantes aspiraciones de la

»mayoría de este gran pueblo que venís á conocer,
»entónces, tal vez, os adornen timbres más brillan-
»les en concepto mio.

»Podeis ser el primer ciudadano de la Nacion y
»el más amado en Zaragoza, y la gran República
»española os deberá la felicidad completa. — He
»dicho.»

A este discurso, que en sustancia venia á signi-
ficar:—No os reconocemos como Rey; pero entrad
sin embargo entre nosotros, que no pensamos mata-
ros, porque los héroes no matan á traicion; y si sois
bueno y nos servís bien, quizá consentiremos en so-
portaros como presidente de la República,—contes-
tó el Rey con una sonrisa agridulce, en reconocimien-
to de tanta bondad; y estrechando la mano del alcal-
de, no sin grande asombro de todos los circunstan-
tes, montó luego á caballo y penetró en Zaragoza.
El pueblo le recibió con agrado, segun se dice, y
muchas señoras le arrojaron de las ventanas poe-
sías, coronas de flores y palomas. En varios puntos,
el general Córdova y el general Rosell, que le acom-
pañaban, tuvieron que abrirle paso con sus propios
caballos. Al entrar en el Coso, una mujer del pue-
blo se lanzó hácia él para darle un memorial; advir-
tiólo el Rey, que ya habia pasado delante, volvió-
se á ella y lo tomó. Poco despues se le presentó un
carbonero, le alargó su mano ennegrecida, y el Rey
tuvo á bien estrechársela. En la plaza de Santa En-
gracia fué recibido por una fastuosa mascarada de
enanos y gigantes que lo saludaron con ciertas dan-
zas tradicionales, entre los gritos ensordecedores de

la muchedumbre. Así atravesó toda la ciudad. Al otro día visitó la iglesia del Pilar, los hospitales, las cárceles y la plaza de toros, y en todas partes le acogieron con casi monárquico entusiasmo, no sin secreto mal contento del alcalde que le acompañaba, el cual hubiera querido que el pueblo zaragozano se limitase á la observancia del quinto mandamiento, sin conceder más de lo que él prometiera en su discurso. Recibieron lo mismo al Rey en el camino de Zaragoza á Logroño; y en Logroño, en medio de multitud innumerable de ciudadanos, milicianos nacionales, mujeres y chiquillos, vió por primera vez al venerable general Espartero. Apenas se habian avistado, cuando corrieron á encontrarse; el general buscó la mano del Rey, el Rey le abrió los brazos, y la multitud lanzó un grito de alegría.

«Señor,—le dijo el ilustre soldado con voz conmovida;—los pueblos os acogen con patriótico entusiasmo, porque ven en su joven monarca el sostén más firme de la libertad y de la independencia de la patria, y están seguros de que si los enemigos de nuestra dicha intentasen turbarla, Vuestra Majestad, al frente del ejército y de la milicia ciudadana, sabría confundirlos y exterminarlos. Mi quebrantada salud no me permitió ir á Madrid para felicitar á Vuestra Majestad y á su augusta esposa por su advenimiento al trono de San Fernando. Hoy lo hago, y repito una vez más que serviré fielmente á la persona de Vuestra Majestad como Rey de España, elegido por la voluntad nacional. Señor: ten-

»go en esta ciudad una casa modesta; os la ofrezco, »y os ruego que la honreis con vuestra presencia.» Con estas sencillas palabras saludaba al Rey el más viejo, el más amado y más glorioso de sus súbditos: augurio feliz á que correspondieron mal los sucesos!

A cosa de media noche me fuí al baile que daban en un teatro de regulares proporciones que hay en el Coso, cerca de la plaza de la Constitucion. Las máscaras eran pocas y mezquinas; pero habia en compensacion una multitud apretadísima, de la cual un buen tercio bailaba furiosamente. Porque lo declaraba la lengua de aquellas gentes conocí que asistia á un espectáculo de un teatro de España más bien que á un espectáculo de un teatro de Italia; pues en lo demás me pareció ver hasta las mismas fachas, el mismo estrépito, la acostumbrada licencia de palabras y ademanes, y aquel degenerar del baile en alboroto bullicioso y desenfrenado. De las cien parejas que ví pasar por delante, una sola me dejó algun recuerdo en la memoria: formábanla un jovencuelo como de veinte años, alto, esbelto, blanco, con grandes ojos negros, y una muchacha de la misma edad, morena como una andaluza; ambos hermosos y altivos, vestidos con el antiguo traje aragonés, abrazados estrechamente; el rostro de él junto al de ella como si cada uno de los dos quisiera aspirar el aliento del otro; encendidos más que amapolas, y radiantes de alegría. Rompian por entre la multitud echando en derredor una mirada desdeño-

sa; mil ojos los acompañaban, y les seguía un murmullo sordo de admiración y de envidia. Al salir del teatro me detuve algunos momentos en la puerta para verlos pasar, y luego me volví á la fonda solo y melancólico. La mañana siguiente, ántes del alba, partí para Castilla la Vieja.

III.

BURGOS.

Recuerdos históricos: Tudela, Calahorra, Navarrete, Agoncillo.— Los periódicos y su manera de tratar al Rey.—*Italianos, al tren!*—En el café de Miranda: un mirandés que hace en dos palabras la clasificación de los partidos políticos.—El ratero erudito.—Las fondas servidas por mujeres.—Búrgos y sus calles.—Los restos del Cid.—La Catedral: el Cristo que maña sangre; el cofre del Cid; el Papa-moscas.—Tiendas y estancos.—Más tradiciones del Cid.—La Plaza Mayor.—A Valladolid.

Para ir de Zaragoza á Búrgos, capital de Castilla la Vieja, se recorre todo el gran valle del Ebro atravesando parte de Aragon y parte de Navarra hasta la ciudad de Miranda, puesta sobre el camino de Francia que pasa por San Sebastian y Bayona. El país está lleno de recuerdos históricos, de ruinas, monumentos y nombres famosos; cada aldea recuerda una batalla, cada provincia una guerra. En Tudela, los franceses derrotaron al general Castaños; en Calahorra, Sertorio resistió á Pompeyo; en Navarrete, Enrique de Trastamara fué vencido por Pedro el Cruel. Véanse los restos de la ciudad de Egon en Agoncillo; las ruinas de un acueducto romano en Alcanadre; vestigios de un puente árabe en